

Ge Fei  
*Memoria del paraíso*

**A.hache**

Parte 1	
Seis dedos	7
Parte 2	
El refugio de las flores	153
Parte 3	
La criatura	293
Parte 4	
Voto de silencio	441

# Parte 1

## Seis dedos



# 1

El padre había bajado de su cuarto.

Con una maleta de mimbre en la mano, un bastón de madera de jínjol colgando de un hombro, bajó los escalones del pabellón y avanzó, paso a paso, hasta el centro del patio.

Era justo la época de la cosecha de trigo, así que en la casa reinaba el silencio. Las ramas de sauce y de pino colgadas en el umbral para la época del festival de la comida fría se habían secado ya. Las flores de los manzanos silvestres al lado de la montaña artificial se habían marchitado y las ramas habían perdido todas sus hojas. Nadie barría las últimas flores, que el viento desparramaba por todo el suelo.

Xiumi se dirigía sigilosamente al patio de atrás para poner a secar las bragas que llevaba apretadas entre sus manos cuando de golpe vio a su padre y no supo qué hacer.

Esta era la segunda vez que encontraba huellas de sangre en sus bragas y que pasaba medio día agachada al lado del pozo frotando para tratar de lavarla. Unas abejas revoloteaban alrededor haciendo un zumbido que aumentaba todavía más su inquietud. Sentía un dolor insoportable en la tripa, como si una plomada descendiera en su interior, pero al sentarse en el baño no lograba sacar nada. Se había bajado los pantalones para espiar, con la ayuda de un espejo, el lugar de donde salía sangre, y se había puesto toda colorada de golpe, con el corazón latiéndole fuerte en el pecho. Se había metido

apresuradamente una bola de algodón, y luego, subiéndose los pantalones, se había tirado sobre la cama de la madre a lloriquear abrazada a un almohadón: *me voy a morir, me voy a morir, me voy a morir*. En la habitación no había nadie porque su madre se había ido a Meicheng a la casa de una tía materna.

Ahora el problema era que su padre acababa de bajar.

Era muy raro que el lunático bajara de su cuarto. Salvo el primer día del año, cuando la madre ordenaba a Baochen que lo ayudara a bajar y luego lo hacía sentar en un gran sillón de madera en el salón principal, donde recibía los saludos de todo el mundo. Para Xiumi era como un cadáver ambulante. La mirada y la boca torcidas, babeaba sin pausa y hasta una simple tos lo dejaba sin aliento durante un buen rato. Hoy, sin embargo, este loco había bajado solo, con las piernas inesperadamente ágiles y un aire casi ufano, portando además esa pesada maleta de mimbre. Se detuvo debajo de los manzanos y sacó de la manga, sin prisa, un pañuelo con el que se sonó los mocos. ¿Era posible que de la noche a la mañana se hubiera curado de su locura?

Xiumi se fijó en la maleta que llevaba. Como si estuviera por partir de viaje. Luego, de manera automática, miró de reojo la huella de sangre marrón en las bragas y, entrando en pánico, se lanzó hacia al patio de adelante: “¡Baochen, Baochen! ¡Cabeza chueca...!” gritaba. Llamaba al administrador de la casa. No hubo ninguna respuesta. Los pétalos y el polvo en el suelo, el sol indolente de la tarde la ignoraban. Los manzanos, los perales, el musgo sobre el muro, las mariposas y las abejas, las ramas esbeltas de los sauces reverdecidos fuera y el viento que atravesaba la casa y mecía las ramas de los árboles: todo la ignoraba.

“¿Por qué gritas así? No grites”, dijo el padre.

Se dio vuelta muy lentamente, mientras metía de vuelta el pañuelo mugriento dentro de una manga, y la observó a través de los párpados entrecerrados, con una mirada cargada de leve reproche. Su voz sonaba grave y ronca, como si le hubieran pasado una lija por la garganta. Era la primera vez que lo oía dirigirle la palabra. A fuerza de pasarse todo el año encerrado sin ver la luz del sol, su rostro había tomado un tono oscuro y su pelo un brillo amarronado que hacía pensar en espigas de maíz agitadas por el viento.

“¿Te vas?” Baochen no estaba, así que a Xiumi no le quedaba más remedio que serenarse y armarse de valor para interrogarlo.

“Sí”, respondió el padre.

“¿A dónde vas?”

El padre soltó una risita, alzó la cabeza hacia el cielo y recién después de un rato respondió: “A decir verdad, esta vez ni siquiera yo lo sé”.

“¿Queda lejos el lugar a donde vas?”

“Muy lejos”, murmuró, con una expresión melancólica, completamente inmóvil, mirándola.

“Baochen, Baochen, Baochen, cabeza chueca, maldito Baochen...”

El padre ya no prestó atención a sus gritos. Despacio se puso delante de ella y levantó una mano como si quisiera acariciarla. Xiumi pegó un grito y se escabulló lejos. Saltó por encima del cerco de bambú hacia el huerto y lo miró desde ahí, con la cabeza ladeada, retorciendo las bragas entre sus manos. El padre sacudió la cabeza y sonrió. Su rostro sonriente parecía de ceniza o de cera.

Y así sin más, vio al padre levantar la maleta y salir, encorvado, por la puerta. Ni rápido ni lento. La cabeza de Xiumi era una gran confusión y el corazón le latía fuerte. Al instante, sin embargo, el padre volvió sobre sus pasos y su cabeza de nutria asomó por la puerta. Inspeccionó alrededor, con una vaga sonrisa en el rostro y una expresión tímida.

“Necesito un paraguas”, susurró. “Comenzará a llover en cualquier momento.”

Xiumi no podía saber que estas eran las últimas palabras que le escucharía pronunciar a su padre. Levantó la cabeza y miró el cielo. No había una sola nube a la vista. Era un cielo de un azul profundo, alto y remoto.

El padre encontró una sombrilla al lado del gallinero y la abrió. La tela estaba toda comida por los gusanos, dejando las varillas a la vista. La cerró, la sacudió un poco y quedó solo el esqueleto. Dudó un instante, apoyó la sombrilla rota contra la pared, levantó la maleta y empezó a caminar para atrás. Y luego, como si temiera despertar a alguien, cerró la puerta muy suavemente. Las dos hojas de la puerta quedaron cerradas.

Xiumi soltó un suspiro de alivio. Colgó las bragas sobre el cerco de bambú, bordeó la pérgola florida y se dirigió hacia la parte de adelante de la casa en busca de alguien. Baochen no estaba. Tampoco Pica ni Iris. Sí que había sabido elegir el día el lunático. Como si se hubiera puesto de acuerdo con toda la familia. Buscó en la sala principal, en las habitaciones laterales, en el cobertizo de la leña, en la cocina, incluso detrás de la cortina del baño. Pero no encontró ni rastro de nadie. Atravesó, sin más remedio, el patio de luces hacia la puerta principal, y una vez fuera miró alrededor. Su padre se había esfumado.



La vecina, la señora Hua, estaba delante de la puerta secando semillas de sésamo sobre un cedazo de bambú. Sacudió la cabeza cuando Xiumi le preguntó si había visto a su padre. Tampoco había visto a Pica o Iris, agregó en seguida, ante la pregunta de Xiumi. Cuando le preguntó por Baochen, sonrió: “¿Y por qué me preguntas a mí? No es mi trabajo ocuparme de él...”.

Xiumi estaba por irse cuando la señora Hua la llamó: “¿El padre de ustedes no estaba encerrado en el pabellón? ¿Cómo puede haberse ido así como así?”. Xiumi dijo: “Yo tampoco sé cómo salió. Como sea, se ha ido. Yo misma lo vi salir por la puerta trasera”. Ahora también la señora Hua se inquietó un poco. “Entonces ve sin tardanza a pedirle a alguien que lo busque. Una persona como él con la cabeza trastornada puede caerse en cualquier pozo y morirse ahogado... ¡Qué tragedia!”

Mientras hablaban así, Xiumi vio a Iris acercarse caminando desde el lado este del pueblo con una canasta llena de azucenas amarillas, y avanzó a su encuentro. Iris escuchó su relato pero no pareció alarmarse, e incluso dijo: “Si llevaba la maleta, como dices, no puede haber llegado muy lejos. Vamos rápido al embarcadero a frenarlo. Si dejamos que cruce el río va a ser más difícil encontrarlo”. Dejó la cesta, cogió a Xiumi de la mano y ambas salieron corriendo hacia allí.

Iris tenía los pies pequeños, producto del vendado, así que al correr todo el cuerpo le temblaba y los pechos se levantaban como olas. Los herreros de la aldea, los hermanos Wang Qidan y Wang Badan, la miraron pasar atónitos, con la boca abierta. En el trayecto se cruzaron con dos campesinos que segaban el trigo, quienes, interrogados, respondieron

que no habían visto al señor Lu pasar por ahí. Desandaron el camino a toda prisa y llegaron al borde de la laguna en un extremo de la aldea. Iris flexionó las piernas, se sentó directo en el suelo y, sacándose los zapatos bordados, se masajeó los pies. Luego se soltó el botón de la chaqueta verde y dijo, resoplando: “Corriendo así, desesperadas, no lo vamos a encontrar. Si tu padre no fue aún al embarcadero, solo queda el camino de atrás de la aldea. Lo mejor será avisarle cuanto antes al cabeza chueca”.

“Pero no sé a dónde se ha ido”, dijo Xiumi.

“Yo sí sé”, dijo Iris. “Debe estar en la casa de la abuela Meng jugando al *mahjong*. Ayúdame a levantarme.”

Iris se puso los zapatos. Cogiéndola de la chaqueta, Xiumi la ayudó a levantarse y las dos se dirigieron bamboleándose hacia un gran albaricoquero que estaba en el centro de la aldea. Recién en ese momento a Iris se le ocurrió preguntar a qué había bajado de su cuarto el padre de Xiumi. ¿Qué había dicho? ¿Por qué Pica no estaba en casa? ¿Por qué ella no había intentado frenarlo? Preguntó lo mismo una y otra vez y luego, de golpe, pareció enfurecerse. “Solo digo, la cerradura de su cuarto no puede abrirse sola, pero tu madre insistía en dejarlo salir al jardín a tomar sol. ¡Y ahí tienes!”

La abuela Meng hilaba el algodón bajo el albaricoquero. La rueca giraba de repente más rápido y el hilo parecía a punto de cortarse. Rezonaba entre dientes, enojada consigo misma. Iris dijo: “Descanse un segundo, abuela. Necesito preguntarle algo. ¿Nuestro Baochen no ha estado por acá jugando a las cartas?”

“Estuvo. ¿Cómo que no?”, masculló la abuela Meng. “Se acaba de ir después de dejarnos pelados. Cuando está corto de

dinero siempre viene acá a sacarme lo poco que guardo para mi funeral. Una vez que gana, se levanta y se va. Se negó a jugar otra partida y encima se llevó dos caquis secos enormes.”

Iris contestó, sonriendo: “En el futuro no juegue más con él y listo”.

“Y si no juego con él, ¿con quién voy a jugar?”, dijo la abuela Meng. “En este lugar quedamos solo un puñado de viejos jugadores. Con que falte uno ya no tenemos para completar una mesa. Es que tengo mala suerte. Si hasta se me corta el hilo del algodón.”

“¿Sabe a dónde ha ido?”

“Lo vi irse para el fondo de la aldea. Iba comiéndose los caquis, lo más contento.”

“Debe haber ido a la casa de la muchacha Sun, ¿no es cierto?”, preguntó Iris.

La vieja sonrió y no respondió. Iris cogió a Xiumi de la mano y estaba por irse cuando se oyó la voz de la abuela Meng detrás: “Yo no dije que estuviera en lo de la muchacha”. Y siguió sonriendo en silencio.

La casa de la muchacha Sun estaba junto al huerto de morenas en el fondo de la aldea. Era una pequeña casa de una sola familia. Fuera había un estanque chico sobre el cual pendían, todo alrededor, ramas de rosa vagabunda o madreselva. La puerta estaba cerrada y reinaba un silencio total. En el umbral estaba sentado un viejo jorobado, con el pelo completamente blanco. Tomaba sol, apoyado de lado contra la pared. Viéndolas acercarse desde el otro lado del estanque, se puso de pie alarmado, con sus pequeños ojos de ratón girando para todos lados. Iris le dijo a Xiumi: “Quédate en la orilla y no te

muevas. Voy a buscar a Baochen”. Y avanzó con pasos rápidos sobre sus pequeños pies. El viejo advirtió la actitud belicosa de la mujer y tendió ambas manos para frenarla, mientras decía: “¿Qué es este alboroto? ¿A quién buscas?”

Iris abrió la puerta de un empujón, sin mirarlo siquiera, y arremetió hacia dentro. El viejo, tratando de detenerla, se le colgó de una solapa de la chaqueta. Iris se dio vuelta, bajó la cabeza de golpe, abrió grandes los ojos y escupió en el suelo: “Viejo inservible. Me tocas una vez más y te hundo en el estanque”. Disimulando la furia y los nervios que sentía, el viejo esbozó una sonrisa forzada y susurró: “Baja un poco la voz, muchacha”.

“¿A qué le tienes miedo? Aquí están lejos de todo el mundo. La mujerzuela se puede sacudir en la cama todo lo que quiera, nadie va a oír.” Iris sonrió despectivamente, su-  
biendo cada vez más la voz.

“Como reza el dicho: al insultar al trébol, se afea la muchacha”, dijo el viejo. “Si no te molesta llenar de mugre el oído del prójimo al menos podrías tener vergüenza de ser tan boca sucia.”

“Cierra la boca. Si no me sueltas de una vez voy a incendiarte el burdel.” El viejo aflojó la mano, pataleando de rabia.

Iris estaba por entrar cuando se abrió la puerta de una de las habitaciones laterales y de dentro salió alguien a los tumbos. Era Baochen. Caminó hasta la entrada, con la cabeza torcida hacia un lado como siempre, mientras se abotonaba la camisa apresuradamente y esbozaba una sonrisa traviesa. “¿Qué es todo este escándalo? ¿Qué piensas? Con este cielo, ¿va a llover hoy, sí o no?”

Y efectivamente comenzó a llover más tarde ese mismo día. Una lluvia torrencial cayó sin pausa desde el atardecer hasta la medianoche. El agua acumulada en el patio de luces superó la altura del cantero y estuvo a punto de rebalsar sobre la galería. La madre de Xiumi había vuelto ya de Meicheng y, recostada sobre el sillón de madera de la sala, contemplaba la lluvia sin dejar de suspirar. Iris no había parado de bostezar en todo el día, mientras trataba infructuosamente de deshacer una madeja de hilo de cáñamo. Pica, sentada al lado de la madre, respondía con un suspiro a cada suspiro de esta, y cada vez que la madre chasqueaba la lengua ella hacía lo mismo. Ninguna hablaba. El viento batía como un tambor la ventana de papel y la lluvia en el techo de la casa era ya un murmullo compacto.

“¿Justo hoy tenías que ir a buscar azucenas?”, dijo la madre a Iris. Repitió esa frase varias veces y al ver que Iris no respondía, se dirigió a Pica: “¿Para qué tienes orejas? Te había dicho que esperaras al final de la cosecha de trigo para ir al molino. Pero no... Tenías que salir corriendo al molino”. Luego le echó una mirada a Xiumi. Le dijo, fríamente: “Tu padre puede estar loco, pero al fin y al cabo es tu padre... Si tratabas de frenarlo, tampoco iba morderte”. Por último comenzó a echar bronca contra el “desgraciado de Baochen”. Repitió una y otra vez las mismas palabras y cuando se cansó de insultarlo se dirigió a Pica: “¿Pero dónde estuvo todo el día ese cabeza chueca?”. Pica se limitó a sacudir la cabeza. Iris alegó que tampoco ella sabía y, puesto que esta no decía nada, Xiumi no abrió la boca. Sus párpados chocaron con un ruido tan nítido como el murmullo de la lluvia.

Baochen volvió recién pasada la medianoche. Entró al salón con un farol en la mano, los pantalones arremangados

casi hasta la rodilla, cabizbajo, desmoralizado. Había rastri-  
llado junto con otras personas más de diez *li* a la redonda,  
hasta el templo de Guandi al pie de la montaña, y habían in-  
terrogado a centenares de personas, pero no habían encon-  
trado el menor rastro.

“¡No puede haberse esfumado!”, dijo la madre. “Es un  
loco con una maleta, no puede haber llegado tan lejos.”  
Baochen permaneció de pie, en silencio, chorreando agua  
sin pausa.

## 2

¿Cómo se había vuelto loco su padre? Un día Xiumi había decidido preguntarle al maestro Ding sobre esta cuestión que la obsesionaba desde hacía años. El viejo había puesto una cara larga y le había dicho, con una risita sarcástica: “Pregúntale a tu madre”. Xiumi volvió a su casa y le preguntó entonces a la madre, quien, solo escucharla, golpeó los palitos contra la mesa tan fuerte que los cuatro cuencos saltaron a la vez. En su memoria, los cuencos se habían despegado de la superficie al mismo tiempo, y a Xiumi se le ocurrió que tal vez esa era la razón por la que su padre se había vuelto loco. Luego persiguió con sus preguntas a Iris, quien le respondió, con absoluta seguridad: “Todo fue culpa de esa estúpida pintura de *La fuente de los melocotoneros en flor* de Han Changli”. Xiumi le preguntó quién era el tal Han Changli, a lo que Iris respondió: “Fue el que derrotó a Jin Wuzhu. Su mujer, Liang Hongyu, era una belleza legendaria”. Más tarde Xiumi leyó la “Explicación al entrar a la Academia” de Han Yu y supo que Han Changli no era Han Shizhong, y que su esposa tampoco era Liang Hongyu. La explicación de Iris no se sostenía. Fue entonces a preguntarle a Pica, cuya respuesta fue que “simplemente se volvió loco”. En su visión, una persona no necesitaba un motivo para perder la cabeza, y además todo el mundo se volvía loco algún día.

Al fin, no le quedó más remedio que tratar de sonsacarle algo a Baochen.

Baochen había estado cerca de su padre desde que tenía doce años, y era el único séquito que lo había acompañado en su viaje de regreso al sur cuando aquel, después de verse salpicado por un escándalo relacionado con el impuesto a la sal, fue destituido de su cargo en la academia prefectoral de Yangzhou. Según Baochen la pintura en cuestión existía. Era un regalo que Ding Shuze le había hecho al señor cuando este había cumplido cincuenta años.

En los primeros tiempos tras su destitución y su vuelta a Puji, los dos andaban siempre juntos, dedicándose poemas y enviándose mutuamente una invitación tras otra. Parecía que lamentaran solamente no haberse encontrado antes en la vida. Aquella pintura, al parecer una obra auténtica de Han Changli, era el tesoro más importante de la biblioteca de la familia Ding. Veinte años atrás un gran incendio había reducido a cenizas esa biblioteca, pero la pintura milagrosamente se había salvado del fuego.<sup>[1]</sup> Esta pintura no solo era una obra de un altísimo valor, celosamente atesorada por Ding Shuze, sino que era lo único que se había salvado del fuego, y aun así el maestro no había dudado en ofrecérselo como presente. Lo cual bastaba para mostrar lo extraordinario de la relación que los unía.

Hasta que un día, en un momento en que se disponía a subir con agua para el té, Baochen oyó, desde abajo, una sucesión de golpes. Al subir se encontró a los dos amigos

[1] *La fuente de los melocotoneros en flor*: pintura atribuida a Han Yu de la dinastía Tang. Conservada de generación en generación en la familia Ding, posteriormente cambió de dueño sucesivas veces. En agosto de 1957, un grupo de expertos de las oficinas de patrimonio cultural de la ciudad de Pekín y de la provincia de Jiangsu certificó que se trataba de una falsificación. En la actualidad se encuentra conservada en el museo de Puqing.



en plena pelea. El maestro pegaba una bofetada, el padre de Xiumi se la devolvía, y así, sin mediar palabra, de pie los dos ahí, intercambiaban un golpe tras otro. Baochen, atónito, no atinó a intervenir. El padre de Xiumi se detuvo recién cuando Ding Shuze escupió un diente todo envuelto en sangre y moco. Gimoteando histéricamente, tapándose la cara con las manos, Ding Shuze bajó corriendo la escalera y al rato envió un discípulo con una carta formalizando la ruptura de relaciones. El padre de Xiumi la desplegó bajo la lámpara de aceite, la leyó siete u ocho veces seguidas y dijo, chasqueando la lengua con admiración: “Bien escrito. Muy bien escrito”. Sus mejillas se veían muy hinchadas y al hablar parecía como si tuviera una pelota en la boca. Cuál era la razón por la que se habían malquistado, Baochen no habría sabido decirlo, y se limitaba a suspirar: “Los letrados siempre han sido un poco locos”.

Esa era la explicación de Baochen.

La explicación del maestro Ding Shuze era la siguiente. En un poema que le había dedicado, donde hacía alusión a uno de los poemas “Sin título” de Li Shangyin, el padre había cambiado por error “el sapo de oro” del verso “el sapo de oro muerde el candado y el incienso penetra” por “una cigarra de oro”.

“Se trataba de un error evidente. Tu padre tenía una erudición superficial, pero la poesía de Li Yishan la conocía lo bastante bien como para no tomarse en serio semejante dislate. Le señalé el error con buena intención, sin la menor pretensión de burlarme. Quién hubiera imaginado que se enojaría de golpe y se pondría a gritar, ahí mismo, que debíamos verificarlo juntos. Sabiendo claramente que estaba

equivocado, quería tener razón a toda costa, con una prepotencia típica de gran señor, cuando al fin y al cabo había sido destituido de su cargo y ya no era señor de nada. Había pasado el examen de doctor, que yo nunca pasé; había sido funcionario de rango prefectoral, algo que yo nunca fui, pero un sapo común y corriente no puede convertirse en una cigarra por más doctor que seas o por más profesor que hayas sido en una academia de prefectura. Cuando le dije esto se puso de pie y me pegó una bofetada que me voló un diente.” Años más tarde, Ding Shuze seguía sin poder disimular su furia cada vez que recordaba este hecho. Abría la boca y mostraba las encías rosadas para que los estudiantes las examinaran. Por eso, Xiumi a veces creía también que la razón por la que su padre se había vuelto loco era aquel incisivo que había perdido el maestro Ding.

Fuera como fuere, lo cierto es que el padre se había vuelto loco.

Desde el momento en que había entrado en posesión de aquella pintura de Han Yu, el padre la había conservado en el pabellón como un tesoro, y era raro que accediera a mostrársela a otras personas. Luego de la ruptura con el padre, Ding Shuze mandó varias personas de su confianza a exigir la devolución, pero el padre se limitaba a responder: “Si viene en persona, yo mismo se la restituiré en mano”. Ding Shuze no podía evitar sentir un profundo dolor cada vez que pensaba en aquella pintura, pero la idea de ir a exigir en persona la devolución de un regalo que él mismo había hecho le parecía una humillación intolerable.

Baochen decía que el padre se había vuelto loco mirando esa pintura.

Cada mañana, en cuanto el padre se levantaba, Iris iba a hacerle la cama y a doblar las coberturas. Un día se encontró la cama perfectamente hecha. El padre dormía recostado sobre el escritorio cubierto de pilas de libros. La pintura estaba llena de marcas y cubierta con ceniza de la lámpara. Iris lo despertó, sacudiéndolo, y le preguntó por qué no estaba durmiendo en la cama. El padre no respondió. Se frotó los ojos inyectados de sangre, se dio vuelta y la miró fijo. Iris observó su mirada vacía, su aspecto bizarro, y preguntó, recogiendo el pelo detrás de las orejas: “¿El señor todavía no se ha cansado de mirar esa pintura después de tantos años?”.

El padre siguió mirándola, absolutamente inmóvil. Recién luego de un rato suspiró y dijo: “Iris, mírame bien. ¿Dirías que tengo cara de cornudo?”.

Dejando sin más al padre, Iris salió corriendo despavorida y fue directo a contarle a la madre lo que acababa de escuchar, palabra por palabra. La madre, en ese momento, estaba justo amonestando a Baochen por sus visitas clandestinas a los prostíbulos de Meicheng. Aquella misma noche, mientras la familia se disponía a cenar, el padre irrumpió de golpe en el salón. Era la primera vez que bajaba en más de dos meses. Solo que ahora no llevaba ninguna ropa encima. Al verlo entrar completamente desnudo, todos en el salón se quedaron sin habla, mirándose. El padre, avanzando en puntas de pies, se puso detrás de Pica y tapándole los ojos de golpe dijo: “Adivina quién soy”.

Pica encogió el cuello, asustada, agitando bruscamente la mano que sostenía los palillos. “Es el señor”, respondió, con timidez.